



FEDERACIÓN INTERNACIONAL  
**Fe y Alegría**

Movimiento de Educación Popular Integral y Promoción Social



**XLIV Congreso Internacional  
de Fe y Alegría - Brasil 2013**

EDUCACIÓN INCLUSIVA EN LA MISIÓN DE FE Y ALEGRÍA

## **Cuando los últimos van de primeros**

**Jorge Cela, S.J.  
Presidente CPAL**

### **1. Historia de María Elena, la dominicana que quiso ser maestra.**

María Elena es una joven dominicana que quiso ser maestra. Pero no pudo. Su acta de nacimiento, como hija de un inmigrante haitiano sin documentos, no fue reconocida y por eso no pudo obtener su título de secundaria ni entrar en la Universidad. Hace un mes el Tribunal Constitucional de República Dominicana falló en su contra. Las actas de nacimiento de ella y de miles de otros dominicanos en su situación serán retiradas y ellos deportados a Haití. Irán a la tierra de sus padres donde nunca han estado y donde no conocen a nadie. Para fines legales María Elena no existe. Nunca podrá ser maestra.

### **2. Historia de Miguel, que no tiene donde cazar.**

Miguel creció en la selva. Aprendió a cazar con su arco y a leer y escribir en castellano en una pequeña escuela. Conoce los caminos que se esconden en la selva, el arte de navegar los ríos, el canto de las aves y el habla de todos los animales de la selva. De su selva. De la que fue su selva. Su territorio ahora lo ocupa una minera. El gobierno que hizo la concesión le dio al pueblo de Miguel otro pedazo de selva. En los mapas de las oficinas estatales todas las selvas son iguales. Pero Miguel ya no se sabe los caminos, ni tiene dónde cazar como antes. Miguel olvidó su arco y su flecha y carga sacos en el puerto. Extraña las fiestas de su pueblo, la libertad de la selva, el susurro de las aguas, la solidaridad de su comunidad. Miguel ha quedado excluido en medio de la civilización.

### **3. Historia de Armando, que no encontró escuela ni empleo.**

Armando terminó la primaria en la escuela de su barrio. Soñaba con ser médico. En su barrio no hay escuela secundaria. Su madre, que lava y plancha en una casa de familia para mantener sus cuatro hijos, no puede pagarle el transporte diario. Armando se cansó de caminar y decidió buscar empleo. Pero nadie estaba interesado en contratarlo. Armando encontró en la calle unos amigos que lo invitaron a ser parte de su mara. Hace unos meses enterramos a Armando que murió en una pelea entre bandas por territorio.

#### **4. Por qué los SJ escogimos la primera prioridad: porque estamos cerca.**

Si me preguntan por qué los jesuitas latinoamericanos escogimos como primera prioridad de nuestro Plan Apostólico Común (PAC) la cercanía y compromiso con los que viven en las fronteras de la exclusión tengo que contarles la historia de María Elena, Miguel y Armando. Ellos fueron vecinos de jesuitas. Hubo jesuitas que los vieron crecer, que quizá los bautizaron o les dieron la primera comunión. Que los acompañaron en sus luchas por sus papeles, su tierra o su escuela. Y cuando les preguntaron en qué frontera debemos estar los jesuitas hoy, respondieron espontáneamente; junto a María Elena, con Miguel, acompañando a Azucena, la madre de Armando.

#### **5. Por qué vamos a fondo.**

No todos estamos cerca, pero somos compañeros de quienes están, oímos sus historias, las contemplamos en nuestra oración con ojos de misericordia, con el corazón en la mano. Cuando al contemplar la encarnación tratamos de captar la mirada de la Trinidad sobre el mundo los vemos a ellos. Cuando acompañamos a Jesús sufriente en la cruz, nos encontramos con ellos. Pensamos y estudiamos sus historias de vida. Buscamos con otras soluciones a sus vidas y las de tantos como ellos. En nuestra oración y en nuestra investigación vamos a fondo hasta encontrar salida.

#### **6. Por qué escogemos la primera prioridad: porque queremos actuar, cambiar, incidir.**

Y entonces procuramos comprometernos hasta el final. Ellos son los protagonistas de nuestras clases y homilias, de nuestros artículos y páginas web. Ellos aparecen cada vez que hablamos o escribimos. Están en las campañas y trabajo social de nuestros colegios y en nuestros voluntariados. Nuestros centros sociales trabajan con ellos. En nuestras Universidades se privilegian sus casos. Procuramos que nuestros jóvenes en formación se encuentren con ellos. Preferimos trabajar en las parroquias donde ellos viven. No siempre es así. Pero cuando nos preguntan cuáles son nuestras prioridades, ellos surgen abrumadoramente como la primera prioridad. El sentido de nuestra vida está en colaborar a transformar el mundo excluyente en que vivimos. Ya no podemos decir que somos un continente pobre. Pero seguimos siendo el continente más desigual. Hay muchos que son excluidos de la tierra, de la educación, del empleo, de la participación en las decisiones, en los bienes materiales y culturales. El grito de los rostros de Guayasamín, de los Cristos de la artesanía peruana, de los empobrecidos y excluidos de toda América Latina nos convoca a pesar de nuestras incoherencias. Los migrantes, los pueblos originarios de América, las víctimas de la violencia urbana, las mujeres discriminadas, los excluidos por raza o condición social, los campesinos, son los rostros que dan vida a nuestra primera frontera apostólica. Los jesuitas fuimos fundados para ser enviados a las fronteras donde se precisara la presencia liberadora del Evangelio.

Nuestra primera prioridad es transformar el mundo en la casa amigable de nuestro Padre Dios donde todos somos hermanos, donde nadie queda fuera.

Cuando construimos el templo de la parroquia donde trabajé muchos años, la gente del barrio, al diseñarlo, dijo sobre el piso: que sea bonito, pero no lujoso, de forma que nadie se avergüence de

entrar descalzo. Una casa donde quepan todos los hijos de Dios. Más aún, una casa donde a todos y todas se les trate como los hijos e hijas de Dios que son. Eso es promover la justicia, que para nosotros los jesuitas es nuestra misión, como la otra cara del servicio de la fe en un mundo intercultural e interreligioso.

## **7. Pero sabemos que no es tarea nuestra.**

Cuando Ramón, su esposo, murió, Luisa quedó sola en la casona del pueblo, próximo a Santiago de Cuba. Sus hijos hacía tiempo que habían emigrado. Pero Ramón quiso permanecer fiel a la revolución. Y Luisa fue fiel al matrimonio de toda la vida a pesar de que, en vez de acompañar a su esposo a las reuniones del Comité, prefería ir a la Iglesia. Con la muerte de su compañero su dedicación fue total: sacristana, catequista, misionera,...Aquella noche, mientras el ciclón rugía sobre el techo de zinc de su vivienda, Luisa sólo pensaba a la débil capilla del pueblo. Una iglesita de techo de zinc, de paredes de madera vieja y carcomida. Cuando amaneció Luisa salió corriendo a ver cómo había quedado. Sólo las losas del piso, como recuerdo de lo que una vez fue iglesia. Luisa sabía que para ella sería imposible reconstruir aquel templo. Pero de La Habana mandaron unas planchas de zinc. Y los miembros de la comunidad consiguieron unos troncos. Y hasta del Comité de Defensa de la Revolución le regalaron unos clavos. Luisa ya no recuerda cuántos trabajaron para construir el ranchón donde ahora se celebra la Eucaristía y se da la catequesis. Sí sabe que vio trabajar muchos que jamás pisaron la capilla. Ni por un difunto. Sola hubiera sido imposible, pero con la colaboración de tanta gente de buena voluntad se hizo realidad.

Los jesuitas sabemos que la misión que hemos recibido es demasiado grande para cualquiera de nosotros. Ni siquiera como cuerpo podemos enfrentarla. Es tan grande que nos asusta. Es más cómodo pretender que nuestra misión está limitada a una región, una provincia, una obra, la clase de matemáticas de cuarto curso.

Somos conscientes de nuestras fragilidades como personas, como cuerpo de la Compañía de Jesús. Pero también de nuestra responsabilidad. Somos parte de una red internacional de Jesuitas con Migrantes que puede luchar junto a María Elena. Colaboramos en Universidades que pueden asumir la causa del medio ambiente y de los habitantes de la selva y convertirla en leyes y reformas, en propuestas de interculturalidad. Acompañamos escuelas de Fe y Alegría que pueden educar a los Armandos de América Latina para ser constructores de paz. Trabajamos en centros de investigación, parroquias, emisoras de radio que pueden ponerse al servicio de los excluidos del continente. Son nuestros vecinos, nuestros amigos. Conocemos sus vidas, sus sueños y sus frustraciones. Hemos entendido las causas de su exclusión y hemos contemplado en ellos al Cristo sufriente. Pero aún así no podemos solos.

Hemos aprendido que tenemos que caminar con otros. Que no basta con tener quién nos ayude. Que tenemos que colaborar con los excluidos en construir ese otro mundo posible. Somos sus colaboradores, con muchas otras personas e instituciones, en esta misión recibida de Jesús.

Sabemos que el mayor estorbo de la misión son los protagonismos, las agendas ocultas que buscan hacer capital de las buenas causas (dinero, poder o fama). Que no se puede servir a dos

señores. Nos cuesta aceptar que no somos el centro, que somos sólo punto de apoyo; que tenemos que constituirnos en colaboradores de la misión.

## **8. Fe y Alegría como modelo de colaboración.**

Fe y Alegría ha sido para nosotros un modelo de esta colaboración donde hemos aprendido a trabajar con otros. Representamos menos del 2% del total de trabajadores del movimiento. Colaboramos con más de 160 congregaciones religiosas. Cientos de miles de personas cooperan cada año como voluntarios, comprando boletos de rifas o participando en actividades del movimiento.

Hemos aprendido que los protagonistas son el millón y medio de personas, niños y niñas, jóvenes, y hombres y mujeres que se educan a lo largo y ancho de la vida y se constituyen en ciudadanos y ciudadanas al servicio de sus pueblos.

Cuando hablamos de colaboradores sabemos que no nos referimos a los que nos ayudan en nuestro proyecto, sino a los compañeros en este esfuerzo compartido con los excluidos para hacer surgir un mundo nuevo para todos y todas. Y lo sabemos, porque lo hemos vivido en Fe y Alegría. Porque hemos soñado, planeado, construido, defendido juntos muchos centros escolares, escuela radiofónicas, centros comunales,...

Aprendí lo que es trabajo en red cuando un día Sonia me sentó y me dijo: piensa en una maestra de segundo curso de primaria del llano venezolano, que se sienta en su computadora a chatear con una maestra del altiplano boliviano sobre cómo enseña a sumar a sus alumnos. Entonces entendí que había una manera de enseñar que no era por acumulación de conocimientos, sino por conectividad; y que había una manera de aprender que no era por repetición sino por colaboración; y que había una manera de organizarse horizontalmente, como nudos de una red conectados por finos y débiles hilos. Descubrimos que para hacer fuertes esas redes no necesitábamos dinero, ni armas, ni poder, sino una fuerte identidad que a todos nos llenara de autoestima y una misión que diera sentido a nuestras vidas. Que había formas de hacer que la tecnología no sólo nos hiciera más ricos y más fuertes, sino también más cercanos, más hermanos.

Juntos fuimos encontrando que aprender a sumar era aprender relaciones públicas; que a multiplicar se aprende sembrando; que los mejores libros de historia son las personas que la han vivido; que la pastoral es hacernos sal de la tierra para darle a cada tarea el sabor que le dio su Creador; que las culturas no se defienden rechazando las otras sino dialogando con ellas; que el mundo no está dividido en cajitas de países, culturas y profesiones. Que la vida es intersectorial e intercultural y sólo una mirada desde esta perspectiva es capaz de tejer futuro. En Fe y Alegría aprendimos que se trabaja en equipos interdisciplinarios y que, puesto que vivimos en una sociedad plural, donde lo importante no es lograr la homogeneidad, sino enriquecernos con la diferencia, tenemos que educar para la interculturalidad y la inclusión, donde nadie se sienta extranjero, en tierra extraña.

## **9. Fe y Alegría está presente en las zonas más calientes de nuestras ciudades.**

Con Fe y Alegría aprendimos que hay que estar "donde termina el asfalto", en las fronteras donde empiezan los territorios desconocidos, donde ya no sabemos más las respuestas. Tenemos que estar en los barrios, donde se gestan las nuevas culturas urbanas, donde sangra la herida de la inequidad latinoamericana, donde la droga se convierte en esperanza letal. Nos reta la educación de los niños migrantes y refugiados, que enfrentan nuevos contextos cargados de violencia. Y también los, hijos de migrantes, en cuya vida los dólares pretenden reemplazar la presencia de los padres. Nos desafía el desconcierto de nuestras culturas aborígenes y campesinas, con ojos jóvenes deslumbrados por los espejitos brillantes de la cultura del consumo, y manos cansadas de enfrentar cambios que les arrancan la vida buena por el disfrute de una aparente buena vida.

Por eso en la CPAL escogimos como prioridades la inclusión en un continente que ya no es pobre, sino crecientemente desigual; la inclusión de los jóvenes, no como mano de obra barata de un mundo corrompido, sino como creadores de sueños y herederos de las mejores tradiciones; la inclusión de las culturas en un mundo que amenaza barrerlas con la nueva cultura de la era digital, en una propuesta menos egocéntrica y más fraterna.

## **10. Caminar hacia la tierra sin mal**

Hace unos años, cuando trabajaba en el Centro Juan Montalvo, S.J., de Santo Domingo, colaboramos con comunidades barriales en la búsqueda de sus agendas de desarrollo barrial. Las organizaciones del barrio se unían para buscar junto a todos los moradores y moradoras las necesidades más urgentes. Se estudiaba la forma de enfrentarlas, los posibles aliados, los obstáculos más fuertes y se diseñaba un plan de acción. Las organizaciones hicieron un estudio serio del barrio y llegaron a consensuar varias prioridades. Pero los confrontamos: lo que ustedes nos presentan, les dijimos, ciertamente representan las demandas principales de los pobres, que son la mayoría del barrio. Pero no vemos las necesidades de los más pobres. Nos miraron sorprendidos. Sí, les dijimos, ¿dónde están las necesidades de los ancianos, de los migrantes sin documentación, de las personas con discapacidad, que son los más pobres entre los pobres?. La pregunta los llevó a descubrir nuevas necesidades: 26 niños con discapacidad no iban a la escuela por falta de transporte. Los ancianos más pobres no tenían servicios sanitarios adecuados. A los migrantes les faltaba quien les ayudara a legalizar su situación.

También los jesuitas podemos mirar a Fe y Alegría y quedarnos satisfechos: ya trabajamos con los excluidos. Pero, ¿qué hacemos por los más pobres?; ¿dónde estamos con los excluidos?; ¿cuánto de nuestro esfuerzo (personal, tiempo, inversión económica) está junto a los más pobres? ¿para cuántas de nuestras obras los excluidos son prioridad?

También en Fe y Alegría nos podemos mirar en el espejo y descubrir que trabajamos con pobres y quedarnos satisfechos. Pero tenemos que preguntarnos:

- ¿Nuestro estilo de educación de calidad, excluye a los más pobres?
- ¿Tenemos cuota preferencial para poblaciones excluidas en nuestros centros?
- ¿Pensamos nuestra propuesta educativa desde los más excluidos?

Lo importante es no quedar satisfechos, estar siempre inquietos.

## 11. El Magis y los excluidos

Los jesuitas hablamos del Magis como característico de nuestra espiritualidad. Magis significa más en latín. Y tenemos el peligro de leerlo mal en estos tiempos de competitividad. Cuando se miden las escuelas por los mejores resultados en lengua y matemáticas tendemos a excluir los alumnos con dificultades de aprendizaje de ellas para que no nos bajen el puntaje. Cuando las seleccionamos por los éxitos deportivos, tendemos a excluir los que tienen dificultades físico motoras.

Mis dos hermanos mayores quedaron ciegos de jóvenes. Uno de ellos comenzó a perder la vista cuando yo nací. La atención de la familia se desvió del más pequeño, que era yo, hacia el más necesitado, el que perdía rápidamente la vista. Y la vida nos fue enseñando a incluirlo. Cuando reíamos por algún hecho visual, nos volvíamos a él para contarle. Nuestros juegos debían adaptarse para que él pudiera participar. Pero nunca sentíamos lástima por él. No lo considerábamos inferior, sino diferente. Y su presencia nos enseñó a tener siempre presente al otro para incluirlo. Su extraordinaria personalidad nos ayudó. Nunca le oí decir: yo no puedo hacer eso porque soy ciego. Aprendió a superar sus límites y nos enseñó a quejarnos menos de la suerte y a asumir las dificultades como retos. Supo abrirse camino en la vida enfrentándola con decisión y entusiasmo. Pero estoy seguro que le ayudó el que nunca lo dejamos fuera ni lo tratamos como inferior. Esa lección familiar me ha servido para vivir de manera diferente.

Vivimos en un mundo muy competitivo. Aprendemos que para sobrevivir hay que ganar o hacer trampa. Y vivimos como los corredores en el estadio. Todos los músculos tensos, preparados para la salida. Todos los sentidos atentos al disparo. Con concentración absoluta, que borra el resto del mundo. Y cuando suena todos con la vista puesta en la meta, intentando dejar los otros atrás. No podemos distraernos, detenernos.

La presencia de mi hermano nos enseñó a renunciar a veces a correr, para acompañarlo. Y así descubrimos nuevos gozos, diferentes de ganar. No renunciamos a competir, pero lo enriquecimos con acompañar, compartir, ayudar, aprender, enseñar, querer,...Y eso nos hizo a todos más humanos. Con el esfuerzo por incluirlo en el grupo familiar y de amigos no sólo ganó él. Ganamos todos.

Descubrir que no sólo el fuerte tiene para dar. Que podemos aprender mucho de quien descartamos de entrada. Con mi hermano ciego aprendí lo poquito de electricidad y carpintería que sé. Porque es muy hábil para esto. Cuántos de nosotros hubiéramos escogido un ciego para enseñarnos electricidad o carpintería. No es que no tengan la capacidad. Lo que no tienen es nuestra confianza. Pensamos que si son ciegos no pueden. Los excluimos de entrada.

Hace unos años, en Inglaterra, me presentaron un educador. Cuando le dije que era jesuita me espetó: yo estoy en contra de la educación de los jesuitas. Le pregunté que por qué, y me dijo:

- La educación es un derecho de todas las personas y la educación de calidad de los jesuitas excluye a los que no tienen las capacidades exigidas.

Su cuestionamiento me hizo pensar. ¿Qué es educación de calidad? ¿La más competitiva o la más humana?

Un empresario en una ciudad latinoamericana, al saber que yo era jesuita, me dijo:

- Mi hija estudia en el mejor colegio de la ciudad (que no era jesuita). La envié ahí porque era el colegio con los mejores resultados académicos. Ahora me arrepiento de la decisión que hice. Es cierto que los contenidos académicos son insuperables. Pero veo que en la escuela jesuita les enseñan un liderazgo social que mi hija no tiene. Hubiera preferido que la educaran con mayor sensibilidad social.

¿Qué es el más al que aspiramos cuando hablamos de más calidad? En nuestro lema los jesuitas decimos "a la mayor gloria de Dios" (Ad maiorem Dei gloriam). San Ireneo decía que la gloria de Dios es el hombre en plenitud de vida. El más se mide por el compromiso por la plenitud de vida en todos los hombres y mujeres. Nuestro trabajo, nuestra educación, siempre tiene que mirar al más, más plenitud en más gente, donde hay más necesidad, en la frontera donde termina el asfalto. Tiene algo que ver con aquello del Evangelio que dice que en el Reino, los últimos van de primeros.